

SERGE MOSCOVICI Y LA TEORÍA TRANSDISCIPLINARIA DE LA REPRESENTACIÓN SOCIAL

SERGE MOSCOVICI AND THE SOCIAL REPRESENTATION TRANSDISCIPLINARY THEORY

Ángel Octavio Álvarez Solís*

RESUMEN

El ensayo tiene la finalidad de analizar críticamente los aportes de la teoría de la representación social del psicólogo francés Serge Moscovici. En tal empresa, el argumento consiste en precisar la modalidad transdisciplinaria de la teoría de Moscovici, la cual logra conjuntar psicología, sociología e historia con el fin de explicar el inconsciente colectivo de las sociedades modernas como una continuación del análisis del discurso.

Palabras claves: representación social, imaginario, Moscovici, discurso, consenso.

ABSTRACT

The essay intends to critically analyze the contributions of the theory of social representations by the french psychologist Serge Moscovici. In such matter, the argument consists in precisising the transdisciplinary modality of the theory of Moscovici, which manages to combine psychology, sociology and history in order to explain the collective unconscious of modern societies as a continuation of discourse analysis..

Key words: social representations, imaginary, Moscovici, discourse, consensus.

*Universidad Iberoamericana.

Recibido: 25 de julio de 2016 / Aceptado: 14 de agosto de 2016.

INTRODUCCIÓN

La principal dificultad del término representación radica en su ubicuidad en el discurso y en las prácticas socio-históricas. Más allá de su evidencia filológica —el significado original de re-presentatio entendido como la presencia de una ausencia— la estructura semántica es problemática debido a la elasticidad conceptual y su carácter excesivamente polisémico. Sin embargo, como todo concepto analítico, la representación tiene su propia historicidad y funcionalidad discursiva. Probablemente, con el término representación

no estamos frente a un objeto o un estado de cosas, sino a una expresión sincategoremática. Un término sincategoremático puede ser afirmado y comprendido únicamente con el empleo auxiliar de otro término: un sujeto al que se le predicen propiedades especiales para que pueda tener sentido lingüístico. De modo que si la representación es un término que necesita de predicados y un campo semántico más amplio para poder ser comprendido, se sigue que la representación nunca opera como un término unívoco y unificado discursivamente. Por el contrario, el complemento o adjetivo es lo que permite especificar a qué se refiere este término. Esto

significa que representación no sólo se dice de muchas maneras, sino que además siempre va acompañado de un segundo término que le permite cumplir una función discursiva; v.gr. representación estética, representación política, representación simbólica, representación histórica y así sucesivamente. Por lo tanto, la representación es un concepto primitivo que aunque no es definible, por lo menos permite comunicar significados entre sí: demuestra que independientemente de su polisemia y múltiples predicados, mantiene una tensión semántica y epistemológica intrínseca al discurso en el que está localizado. El significado de representación depende, entonces, de su contexto discursivo de enunciación y del juego del lenguaje en el que está inmerso.

Para ilustrar por qué la representación es una expresión sincategoremática que depende de la función operativa en un discurso determinado, considérese los siguientes ejemplos: “Pedro vino en representación de Juan” (representación cotidiana), “un diputado está obligado a representar a la nación y no a los particulares” (representación política), “el sindicato representa a los trabajadores en las discusiones con el patrón” (representación social), “el maniquí real representa el poder en los funerales reales de Inglaterra” (representación simbólica), “la Eucarística es la representación del cuerpo de Cristo” (representación teológica), “una curva representa un fenómeno físico de varios parámetros” (representación científica), “la

representación simple para superficies toroidales se expresa con la siguiente fórmula” (representación matemática) “Las meninas de Velázquez representan la aristocracia barroca española” (representación estética) “La compañía nacional de teatro tuvo más de cincuenta representaciones” (representación teatral) “Según Heidegger, la representación es un presencia ocultada donde se despliega el siendo y el no ser” (representación filosófica) “La explicación causal permite una adecuada representación de los acontecimientos históricos” (representación historiográfica), entre otras.

Como puede notarse, la cantidad de ejemplos no es exhaustiva —ni puede ni pretende serlo—, pero muestra ostensivamente cómo el concepto de representación opera como un término que depende del discurso y del contexto de enunciación. Así, más que afirmar la posible inconmensurabilidad entre los diversos juegos del lenguaje en el cual es empleado este término, me interesa destacar que todas estas expresiones poseen un parecido de familia, un punto en común: son expresiones históricas. Esta aparente “obviedad” —pues como todo artificio humano no existen expresiones lingüísticas que no tengan una historicidad intrínseca— deja de serlo en el momento en que se hace la pregunta por la especificidad de la representación histórica. La representación histórica posee una ambigüedad inmanente que la convierte más problemática que otras expresiones equivocadas: se refiere al objeto, al procedimiento y al acontecimiento de las

representaciones en general. De forma que la representación histórica se distingue de la representación historiográfica en la medida que la primera es tanto objeto de conocimiento histórico como la operación epistemológica que permite representar el pasado. Por lo tanto, el principal problema cuando se utiliza la noción representación histórica es que posee una ambigüedad inescrutable que dificulta aún más su demarcación epistemológica, semántica e historiográfica.

El uso analítico del concepto representación puede remontarse al siglo XIX, aunque la aparición discursiva tenga antecedentes más remotos. Sin embargo, la utilización historiográfica y conceptual es reciente debido al potencial heurístico y epistemológico que tiene para el discurso de las ciencias sociales. De este modo, el uso del término representación depende de la disciplina en la cual fue utilizado. Para la sociología, el término representación aparece inicialmente como representación colectiva. Émile Durkheim (1912) introdujo este concepto para explicar los elementos constitutivos de la conciencia colectiva: creencias, mitos, ritos y ceremonias; cualquier sistema de símbolos capaz de producir cohesión social. En cambio, la psicología social sustituyó el término representación colectiva por el de representación social.

Con ayuda de la obra de Serge Moscovici (1961), la psicología social ayudó a establecer una convergencia entre las explicaciones de la conducta y las formaciones históricas de las

acciones debido a que encontró un punto de encuentro entre la psicología y la historia: el estudio de las representaciones sociales. En consecuencia, la psicología social utilizó esta aproximación histórica a la psicología para estudiar los funcionamientos colectivos de las mentalidades y las discontinuidades históricas con base en el análisis del inconsciente colectivo. Posteriormente, el concepto de representación social fue empleado por la ciencia histórica en la década de los ochenta motivado por el llamado giro representacional.

Para la historia, el término representación constituye el elemento nuclear del vocabulario del historiador, puesto que el oficio del historiador consiste básicamente en un “volver a mostrar lo acontecido”, un re-presentar la vivencia convertida en experiencia histórica. Este giro representacional fue causado por múltiples motivos: la fundación de la revista *Representations* (1983); la publicación del libro fundacional de Roger Chartier *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación* (1983) y la introducción de la antropología cultural en las discusiones metodológicas de la historiografía francesa. Por último, la filosofía recuperó la discusión acerca del carácter representacional del conocimiento motivado por el agotamiento de la hermenéutica y la impronta de los límites morales de la representación: la crisis del paradigma representacional como experiencia filosófica. Sin duda, estos cuatro momentos disciplinares permiten bosquejar una teoría de las representaciones sociales pensada para la formulación de una teoría de los lenguajes

políticos. En lo que sigue muestro como el cruce de estos momentos fundacionales permite analizar las representaciones como elementos fundantes de la sintaxis de los lenguajes políticos.

Para una teoría de los lenguajes políticos con potencial filosófico, el estudio de las representaciones constituye uno de los pilares con los cuales está cimentado el aparato cultural de los conceptos políticos. Las representaciones son, quizá, una de las unidades mínimas capaces de producir una subjetividad política. Por consiguiente, el cruce epistemológico que me interesa precisar radica en el estudio de las representaciones sociales por parte de la psicología social y su utilización historiográfica por parte los historiadores culturales. Si los historiadores culturales tienen por objeto de estudio las representaciones del pasado, los psicólogos explican su funcionamiento con base en la lógica operativa que permite la constitución de una subjetividad política. Los historiadores relatan el despliegue histórico de las representaciones a lo largo del tiempo. Los psicólogos sociales advierten su funcionamiento y lógica interna.

Para la psicología social existen, por lo menos, dos formas de explicación de las representaciones sociales. Por un lado, la cognición social investiga la construcción de la realidad social con la ayuda de las ciencias cognitivas, la fenomenología y los estudios empíricos de la conducta. Este modelo estudia las acciones humanas en función de los mecanismos generales de respuesta social. Por otro lado, el estudio de las

representaciones abarca las formas de la construcción social de la realidad con base en el psicoanálisis, la historia cultural y la sociología del conocimiento. Tal modelo interroga los modos de conducta y los procesos simbólicos de codificación social del comportamiento humano recolectados a lo largo de la historia. El estudio de las representaciones sociales es distinto metodológicamente de la cognición social en la medida que la primera está interesada en la interacción de la dimensión cognitiva con la dinámica social para la construcción social de la realidad. Inspirado en la fenomenología social de Alfred Shutz y la sociología del conocimiento de Peter Berger y Thomas Luckmann, el estudio de las representaciones sociales fue tipificado inicialmente por el psicoanalista francés Serge Moscovici y desarrollado posteriormente por su alumna, Denise Jodelet.

Para Moscovici, el estudio de las representaciones sociales es equivalente al estudio de la formación del inconsciente colectivo, por lo cual incluye el análisis de la ideología, los valores sociales y las normas de comportamiento que los individuos, grupos e instituciones asumen para la construcción de su identidad social y la regulación de la conducta socialmente aceptable. En este sentido, el análisis de la representación social ilumina tres aspectos generales del orden social: (1) el sustrato ideológico de una sociedad, (2) los límites culturales de una época y (3) la posición de los individuos en las estructuras sociales. Moscovici, por consiguiente, apuntó que el tránsito de la

cognición social al de las representaciones sociales es fundamental debido a que sólo de esta manera es posible comprender cómo un individuo es convertido en un sujeto social. El cambio de enfoque en el objeto resulta conveniente porque de esta forma las representaciones sociales elucidan los procesos intersubjetivos de producción de lo social a diferencia del monismo metodológico del estudio de la cognición social o la dispersión epistémica del psicoanálisis freudiano. Para conseguir este tránsito epistemológico es necesario priorizar el punto colectivo más que el individual en la descripción de la intersubjetividad, instrumentar el psicoanálisis y la antropología en función del análisis de los mecanismos de construcción social y, por último, abandonar la visión behaviorista de la conducta por una visión psicológica de los comportamientos colectivos.

La teoría de las representaciones sociales de Moscovici operó, en consecuencia, como un modelo de transición de la sociología de las representaciones colectivas a una psicología de las representaciones sociales. La sustitución del adjetivo colectivas por el de sociales y el traslado de la sociología a la psicología estuvo motivado por el carácter abierto, contingente y conflictivo de lo social. La imposible fundación definitiva de lo social explicada en relación con la dialéctica entre la representación instituida y la representación instituyente. Por esta razón, este primer modelo de análisis es la suma del estudio de cuatro variables metodológicas: (1) las representaciones colectivas de Émile

Durkheim, (2) las funciones mentales en las sociedades primitivas de Levy-Bruhl, (3) el constructivismo simbólico de Jean Piaget y (4) las interpretaciones de la sexualidad infantil del psicoanálisis freudiano. No obstante, Moscovici reconoció independientemente de estas influencias teóricas, que el estudio de las representaciones sociales exige un trabajo compartido: la historia las describe, la sociología las explica y la psicología las fundamenta sin que exista una mutua implicación interdisciplinar.

La realidad de las representaciones sociales es fácil de captar, el concepto no lo es. Esto sucede por muchas razones, en gran parte históricas: por eso hay que dejar que los historiadores se tomen el trabajo de descubrirlas. Las razones no históricas se reducen en su totalidad a una sola: su posición "mixta", en la encrucijada de una serie de conceptos sociológicos y una serie de conceptos psicológicos. Nos vamos a ubicar en esta encrucijada. Es cierto que el proceso tiene algo de pedante, pero no vemos otro camino que nos lleve a exhumar a semejante concepto de su glorioso pasado, a reactualizarlo y a comprender su especificidad (Moscovici, 1961: 27).

En resumen, para Moscovici las representaciones sociales deben ser estudiadas en relación con la sociología del conocimiento y la antropología cultural, ya que constituyen los cimientos simbólicos para elaborar una historia de las representaciones políticas. El problema que surge con esta prescripción metodológica es que, al igual que el concepto de discurso o práctica, el

concepto de representación es sumamente problemático debido a su función operativa. Cognitivamente, una representación es fácilmente identificable; sin embargo, la explicación, la fundamentación y la definición resulta complicada, ya que la representación es objeto de análisis y, simultáneamente, un método de análisis de los objetos de la representación. Por consiguiente, la representación es histórica, sociológica y psicológicamente un punto medular del mundo de la vida, un objeto pre-teórico que adquiere una dimensión social en el momento que es identificada como un objeto de conocimiento.

No obstante, a pesar de la dificultad por emprender una definición adecuada, la mayoría de los especialistas coinciden en que la representación es la percepción y conceptualización de una interacción humana. Moscovici escribió: "la representación es un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social" (Moscovici, 1979:17). En relación con lo anterior, Denis Jodelet argumentó que la representación social tiene un fuerte vínculo con la formación del sentido común porque sólo de esta manera adquiere una dirección social. En un texto compartido con Moscovici comentó que la representación social es "el conocimiento espontáneo, ingenuo... que habitualmente se denomina conocimiento de sentido común o bien pensamiento natural por oposición al pensamiento científico" (Jodelet, 1984:473).

Con esta tónica entre representación social, sentido común, mundo de la vida cotidiana e interés pre-teórico, gran parte de los investigadores de la representación social no difieren en sus definiciones y problematizaciones. Por ejemplo, algunos especialistas confirman esta suposición sociológica y demuestran, cada uno con diferentes argumentos y metodologías, la importancia epistemológica de las representaciones en la construcción social de la realidad. El punto es que todas estas definiciones destacan que la representación social es una forma de lenguaje perteneciente al sentido común con la cual es construida la noción de lo compartido, lo común, lo comunicable: el consenso.

Debido a esta preocupación por la formación de los consensos, el estudio de las representaciones sociales es crucial para la construcción de una teoría de los lenguajes políticos y su dirección historiográfica como parte de una historia de los discursos filosóficos, puesto que estos estudios investigan los elementos primarios con los cuales están construidas las tradiciones políticas: lenguajes, narraciones, juicios y sistemas de creencias compartidas. Si las representaciones sociales cumplen una función social primaria debido a que posibilitan la comunicación, la interacción y la cohesión social de los grupos, entonces el estudio de tales representaciones es equivalente a la descripción de las formaciones consensuales que originan las experiencias políticas primigenias. Por lo tanto, si existen representaciones es porque

existen formas de producción de consenso y si existen tales formas de producción es porque existe un contenido mínimo de consenso, un contenido con el cual no es necesario estar de acuerdo: el disenso. El contenido mínimo de consenso es así la condición de posibilidad de la política, pues sin tal acuerdo no es posible la interacción social, origen de toda experiencia; pero la prolongación de un acuerdo o un desacuerdo permanente resulta imposible. Al respecto, Jacques Ranciere argumentó que en el origen de ese núcleo de representaciones capaz de producir consensos y disensos subyace la auténtica forma política.

La política moderna obedece a la multiplicidad de las operaciones de subjetivación que inventan mundos de comunidad que son mundos de disenso... La política moderna existe por la multiplicación de mundos comunes/litigiosos previos en la superficie de las actividades y los órdenes sociales (Ranciere, 2010: 79).

En consecuencia, la metodología para el estudio de las representaciones sociales es variada y divergente. Iniciada por Serge Moscovici, la continuación de su programa de investigación ha tenido cambios sustantivos al grado de reducir el parecido de familia a una cuestión de objeto teórico y lengua de publicación. En tal sentido, existen algunas tendencias de origen francés interesadas en prescribir un modelo de análisis de las representaciones sociales. La primera tendencia metodológica conocida como Escuela clásica incluye los estudios pioneros

de Serge Moscovici y su alumna más avanzada, Denis Jodelet. Este modelo destaca el valor constituyente de las representaciones y utiliza en sus análisis técnicas cuantitativas y entrevistas como instrumentos para abordar el contenido representacional. La segunda tendencia tipificada como Escuela de *Aix-en-Provence* es dirigida por Jean-Claude Abric, destacado psicólogo estructuralista que publicó el libro fundacional *Pratiques sociales et représentations* (1994). Esta tendencia está interesada en los procesos cognitivos y empíricos con los cuales los seres humanos representan sus contenidos mentales. La técnica recurrente de este modelo es la vía experimental junto con análisis multifactoriales cercanos a la *cognitive science* desarrollado a mitad de siglo por Noam Chomsky. La última tendencia con capacidad de instrumentar un programa de investigación es la Escuela de Ginebra dirigida por Willen Doise. Este modelo inspirado en la sociología tiene como principal preocupación las condiciones de distribución y producción de las representaciones sociales.

Lo primero que debe destacarse es que no todo estudio que analice actitudes, creencias y opiniones del sentido común es, stricto sensu, un estudio que tiene como objeto representaciones sociales. La diferencia comienza en el estatuto ontológico de las representaciones: los analistas asumen reflexivamente que las condiciones de análisis y las condiciones de los objetos analizados son idénticas. Los objetos de una

investigación orientada por representaciones sociales son dependientes del programa de investigación y la metodología instrumentada. Esto significa, entre otras cosas, que las representaciones sociales son objetos de investigación en tanto operan inicialmente como supuestos meta-teóricos, los cuales son efectos de la investigación y no datos empíricos por ser recolectados. Las representaciones sociales son, como apuntó T. Ibáñez, actos constituyentes y objetos constituidos.

En sintonía con la noción de imaginación-constituyente de Castoriadis, el aspecto constituyente advierte el carácter procesal de las representaciones sociales. El enfoque procesal mantiene postulados cualitativos, razón por la cual privilegia el análisis de la cultura y las interacciones sociales. En cambio, el aspecto constituido privilegia la naturaleza estructural de las representaciones sociales, de ahí el énfasis en lo cuantitativo debido a que el interés teórico radica en el funcionamiento cognitivo de la representación. En el fondo, el análisis procesal implica una metodología cualitativa y el análisis estructural una metodología cuantitativa pero ambas, aunque epistémicamente dependientes, son excluyentes en el acto de aceptación de la artificialidad de las representaciones. Ambos enfoques tienen como supuesto que las representaciones sociales son la condición para la construcción social de la realidad, sin embargo, cada uno lo justifica de manera diferente. Por consiguiente, la tendencia analítica más importante para el estudio de la

sintaxis de los lenguajes políticos es la versión procesal de las representaciones, puesto que destaca el vínculo epistemológico entre la universalidad de la psicología y la particularidad de la historia; por el contrario, el estudio estructural es irrelevante en esta investigación debido a que está interesado en la forma última de las representaciones en detrimento del condicionamiento histórico o cultural.

Finalmente, cercano a los supuestos de la arqueología de Foucault, el análisis de las representaciones sociales es una metodología empírica que utiliza la conceptualización para producir datos que no necesariamente tienen un referente externo. El enfoque procesal obtiene de la conceptualización las cualidades de las representaciones en los contextos culturales de formación. En contraste, la conceptualización sirve al enfoque estructural para precisar la morfología general y, con ello, descarta el valor simbólico, la genealogía histórica y el impacto social de las representaciones. Así, frente a la importancia de la forma del enfoque estructural, el enfoque procesal está interesado en el contenido de las representaciones. Para conseguir este análisis de contenido, el proceso es el siguiente. Primero, recopilación del material discursivo básico (conversaciones, entrevistas, frases del lenguaje ordinario). Segundo, selección de material impreso (obras literarias, prensa, fuentes escritas). Tercero, analizar ambos materiales para establecer las continuidades como indicadores de representación (frecuencia y

repetición). En conclusión, el análisis de contenido puede servirse de técnicas interrogativas, técnicas etnográficas y técnicas asociativas para la postulación de una representación social y, no por ello, agota la dimensión agonista de la lógica equivalencia de lo social.

REFERENCIAS

- Derrida, Jacques (1998). *No escribo sin luz artificial*, Valladolid: Cuatro Ediciones.
- Durkheim, Émile (1912). *Les formes élémentaires de la vie religieuse*, Paris: Les Presses universitaires de France.
- Ibáñez, Tomás. (1988). *Ideologías de la vida cotidiana. Psicología de las representaciones sociales*. Barcelona: Sendai.
- Jodelet, Denise (1984). "La representación social: fenómenos, concepto y teoría". En: Moscovici, Serge (comp.). *Psicología Social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*. Barcelona: Paidós.
- Moscovici, Serge (1961). *La psychanalyse, son image, son public*, Paris: Les Presses universitaires de France,
- Moscovici, Serge (1979). *Psychologie des minorités actives*, Paris: Les Presses universitaires de France.
- Ranciere, Jacques (2010). *El desacuerdo. Filosofía y política*, Buenos Aires: Nueva Visión.

